

—Yo no me dedicaba aún a esto por aquella época, pero sé que el clima era entonces muy distinto y que los traficantes de armas sufrían una estrechísima persecución por parte de los agentes del SDECE. Le diré francamente que a nosotros no nos gusta este tipo de publicidad. Somos comerciantes.

—De acuerdo, pero con la diferencia de que su mercancía sirve para matar...

—¿Y qué más?

—¿Eso no le afecta a usted en absoluto?

—Si yo le dijese que sí, ¿qué me diría usted?

—Que se dedique a otra cosa.

—Muy bien. Pero yo siempre me he dedicado a esto, y para mí el «reciclaje no está a la vuelta de la esquina...».

Un anti-James Bond

El enemigo número uno de esa fauna, a algunos de cuyos especímenes más representativos acabamos de pasar revista, es un funcionario francés de cincuenta y cinco años. En su despacho del Ministerio francés del Interior, ubicado en la parisina plaza Beauvau, figuran dos pequeños ficheros: se trata del anuario internacional de los traficantes de armas. Hace casi treinta años que ese oscuro funcionamiento se dedica a su persecución. También él se ve obligado a saltar de un avión a otro, de pasar horas y horas en los «halls» de los hoteles o aeropuertos en espera del momento propicio que le permitirá verificar una denuncia anónima. No tiene aspecto de James Bond este hombre, parece más bien un apacible cabeza de familia, desbordado por el trabajo, pues le faltan efectivos. «A veces, con la única ayuda de un colega de la Interpol he de hacer frente nada menos que a diez traficantes de armas. Así que usted comprenderá...», comenta encogiéndose de hombros.

—¿Es verdad que Cummings es el más importante de los traficantes de armas?

—¡Sí! ¡Sí! Cummings no es un simple traficante, es toda una industria.

—¿Es verdad que hizo un gran negocio cuando la guerra del Bangla Desh?

—Sí.

—¿Se producen asesinatos entre los traficantes de armas?

—Todos los años nos encontramos con un número impresionante de cadáveres anónimos.

—Pero los que se sienten amenazados, ¿recurren acaso a su

protección cuando no ven ya otra salida?

—Pocas veces ocurre así. Los traficantes de armas son gente más bien discreta, a la que le gusta el silencio. Si hablan, algunos lo hacen, como usted mismo ha tenido ocasión de comprobar, bajo ningún concepto se deben deformar sus declaraciones. Y menos aún deben ser «traicionados». Algunos se arriesgaron. Hoy ya no se habla de ellos.

—¿Hay muchos traficantes de armas?

—No. Auténticos traficantes, no. Hay, eso sí, muchos aficionados, pero éstos no duran mucho. De auténticos profesionales hay sólo dos o tres docenas por todo el mundo. Son ellos los más terribles.

—¿Hay algunos a los que ustedes buscan especialmente?

—No. Digamos más bien que hay quienes desaparecen, y resulta enojoso perder sus huellas.

—¿Quién, por ejemplo?

—Koenig ha desaparecido totalmente de la circulación.

—¿Existen mercados menos conocidos que el Bangla Desh o Biafra, pero que sean, sin embargo, una fuente importante de ingresos?

—Efectivamente. Turquía, por ejemplo, o el Kurdistán son mercados muy regulares para las armas portátiles. Cada año se venden en esos países varias decenas de millarés de armas de ese tipo.

—¿Cómo funciona, grosso modo, el mercado?

—Se trata de un mercado triangular. Existe siempre un intermediario entre el país de donde salen las armas y el país en donde entran. En este segundo país desaparecen las armas; aquí reciben un permiso de importación que significa que esas armas van destinadas a ese país. Lo cual es, naturalmente, falso. Pongamos un ejemplo: Israel quiere comprar armas a un traficante particular francés. Naturalmente se evitará cuidadosamente que esas armas salgan de Marsella con rumbo directo a Haifa. Lo más difícil, entonces, para el vendedor es encontrar el país dispuesto a conceder un «certificado de importación» falso.

—¿Cómo es posible frustrarles la maniobra a los traficantes de armas?

—Sólo hay una posibilidad: la de recibir un telefonazo anónimo que nos avise qué es lo que va a ocurrir.

—¿Es moneda corriente?

—Más de lo que usted puede imaginarse.

—¿Por qué?

—La vida es difícil... ■ Y. B.

